

Voces de Sudamérica

¿Cuáles son las tendencias actuales de la narrativa en Hispanoamérica? Como un acercamiento parcial a una respuesta, hemos invitado a cinco escritores nacidos en la década de 1970, de distintos países de Sudamérica, a presentar a los lectores de la Revista de la Universidad de México textos de ficción que, desde ángulos diversos, permiten advertir los nuevos derroteros de la escritura de imaginación. De Colombia a Argentina, de Perú a Bolivia y Chile, esta selección de nuevas voces literarias señala la recurrente presencia de los asuntos de la violencia y la identidad desde enfoques que tocan el desencanto, la rebeldía y la nostalgia. Daniel Ferreira, Fernanda García Curten, Lina Meruane, Willmer Urrelo Zárate y Carlos Yoshimito forman parte de un amplio abanico de propuestas creativas que dan fe de la enorme vitalidad de que goza la ficción en el continente.

Varillazos, más

Lina Meruane

Habían llegado a asilarse entre nosotras. Todos ellos: de zapatos negros, de pantalones grises con parches sobre las gastadas rodillas. Abotonadas chaquetas azules con la insignia de la gárgola recién cosida sobre el pecho. Y corbatas largas como látigos que pronto nosotras también sumaríamos a nuestro uniforme. Supimos que se acercaban a la entrada del colegio aun antes de verlos, antes incluso de escuchar sus voces ásperas atravesadas de ocasionales gorjeos que nos sonaban a gárgaras. Los olimos venir: sus arrugadas camisas y sus cuerpos sudorosos despedían olor a gato ahogado. Arrinconadas por ese intenso olor a animal muerto, ese hedor que solíamos llevar en las manos, metido debajo de las uñas; arrinconadas, nosotras, abrimos las ventanas de par en par al viento invernal y tomamos aire como ahogadas, como si nos acabaran de lanzar nuestras madres al mundo y se nos abrieran de golpe los pulmones. Inhalábamos con la boca abierta y las aletas de la nariz desplegadas para estar seguras de que eran ellos y no nuestros gatos flotando en la acequia. No el pelo de esos gatos zurcido a nuestros calcetines, pegado a las suelas embarradas de nuestros zapatos.

Retrocedimos un paso y después otro, huyendo del olor pero también en busca de él; sin cerrar las ventanas avanzamos hacia la puerta de la sala y bajamos las escaleras hasta el patio enterrándonos las uñas, haciéndonos sangrar las palmas de las manos. Sobre los pastelones de cemento descubrimos a nuestra bigotuda Inspectora bajando la voz y la vista; la vimos bajar incluso el moño alto que sujetaba con horquillas cuando ellos se acercaron ondeando la autorización oficial. La Inspectora dejó caer los brazos, tomó la orden que venía del gobierno y la leyó tan lentamente que nos pareció, a nosotras, que alargaba concienzudamente la espera de ellos. Para castigarlos un poco. Pero la demora no iba a durar: minutos después la vimos introducir sus largos dedos en el bolsillo y sacar el manojito de llaves. Examinó cada una como si se tratara de un enigma. Frotaba con los

dedos los bordes irregulares de las más viejas, luego acarició las otras, las más recientes, dejando sus yemas impregnadas en latón. Dio por fin con la que ellos esperaban, la miró con tristeza o con desdén, la empuñó como una traición, la enterró en el candado y la dejó ahí un momento, sin darle todavía la vuelta.

Iba a ser una gran bajada de pantalones, la de nuestra Inspectora. Eso pensamos nosotras de manera simultánea y todavía en suspenso. Nos sonreímos, las unas a las otras, dejando que se colara entre nuestros labios ese olor a gato podrido tan intenso como una arcada. No podía haber sido de otro modo, nos dijimos, cuchicheando entre nosotras, entre carcajadas, entre verdaderos alaridos de risa sincronizada, tapándonos de paso las narices para no vomitar. Ahora, con ellos tan cerca, nos olía también a sangre de cerdo recién degollado, nos olía a adrenalina y a miedo, a sudor tibio. Ese olor lo impregnaba todo. Y ahí estaba la orden oficial. Ahí estaban las manos de ellos, sosteniéndola, victoriosos. Detrás venía la plana mayor: dos ingleses mal agestados y soberbios entre los que destacaba uno flaco, alto, de suspensores y anteojos de marco. Traía un diente chueco y afilado. Qué podía haber hecho la Inspectora salvo abrir el candado, desenrollar la gruesa cadena y hacerse a un lado. Fingir que sonreía mientras por dentro se desplomaba.

En adelante sería un Inspector quien diera las órdenes. Su grueso dedo de uña encarnada se hundiría en el timbre de nuestro recreo. Con ese permiso salíamos al patio de cemento donde todavía se adivinaban las líneas del luche, sus números de tiza fantasmal. Tirados como maleza, como manseque, yacían los largos elásticos que hasta entonces usábamos para saltar o para sofocar algún gato antes de lanzarlo al agua. Enrollábamos esos elásticos, los escondíamos dentro de algún bolsillo, nos íbamos hasta la cancha de deportes que ellos, los nuevos, se habían tomado a punta de toperoles. Pasábamos junto a la cancha y enfilábamos hasta la acequia. Hundíamos apenas los zapatos en el agua turbia y dejábamos que se

acumulara la pelusa felina en la punta mientras mirábamos de lejos a los empleados trazar con cal las nuevas canchas de *rugby* sobre las nuestras, las de *hockey*. Los palos se guardaban ahora bajo llave, de manera preventiva. Estábamos siendo expropiadas en esos lentos meses de ajuste. Nuestras salas de clases y nuestros baños adquirieron el cartel de *Ladies*. Salíamos a recreo treinta y cinco minutos antes, del primer piso; después bajaban ellos, del segundo, en su sobado uniforme. Nosotras exhibíamos nuestras afeitadas pantorrillas debajo de los *jumpers* a los que íbamos subiéndoles la basta, por las noches. Cruzábamos, nosotras, las piernas, y a veces separábamos un poco los muslos, pensando que quizás ellos nos estuvieran mirando desde arriba, desde las ventanas, encontrando un ángulo entre la enredadera todavía sin podar. Que nos vigilaran y se distrajeran, eso era lo que queríamos: su tensa distracción. O quizá que nos viera el Inspector y nos ordenara comportarnos como las señoritas que nunca habíamos querido ser. Ojalá nos amenazara con enviarnos a la oficina del Rector donde le echaríamos un vistazo a la nueva foto del presidente, atravesada por la cinta de tres colores, clavada detrás de su reluciente escritorio. Nos quedaríamos con la vista fija en la reluciente colección de varillas.

Portando sus gruesos anteojos el Rector había venido a imponer un orden británico. Había llegado cargando himnos para entonar cada mañana en la Asamblea. Había traído reglas que surgían de sus labios envueltos en una barba oscura salpicada de canas. Y varillas de diversos largos y anchos destinadas a extraer gemidos y

súplicas, y uno que otro borbotón de aire de involuntario agradecimiento. Porque la norma era dar siempre las gracias, al final. Agradecer ese momento de intensidad. Para ese ritual los elegía sólo a ellos, sin embargo. Para ellos levantaba la voz, a ellos les dedicaba su bando de instrucciones. *No fair play*, pensábamos. Las profesoras se esfumaban por los pasillos cuando oían su voz grave. La Inspectora había perdido definitivamente la propiedad de las llaves y parecía perdida, ella misma, en los corredores. Éramos nosotras quienes le hacíamos guardia al Rector, en posición firme, en alguna esquina por donde esperábamos en vano a que pasara. Nos preguntábamos por qué nos ignoraba, por qué no nos llamaba a su oficina. Sólo nos castigaba con ese duro acento suyo, ese pesado arrastrar de su lengua entre dientes. Que no nos dedicara el aliento ácido de su disciplina constituía, para nosotras, una ofensa imperdonable.

Por más que nos dejáramos el pelo suelto y los calcetines a media pierna. Por más que nos pintáramos las uñas a medio comer y los labios rojos. Por más tierra india sobre la cara. Por más que mascáramos chicle de vez en cuando, reventáramos globos ensalivados, guardáramos la goma rosada detrás de nuestras orejas o en la boca de otra de nosotras. Porque nos ausentáramos de las clases para quedarnos vagando en el patio, leyendo a Marx o a la Marta Harnecker. Porque guardáramos obstinado silencio durante el himno o coláramos entre las líneas del Dios salve a la Reina elegidas frases de La Internacional. Aunque fumáramos, que también estaba



© The Hilton Gary Peavey Collection

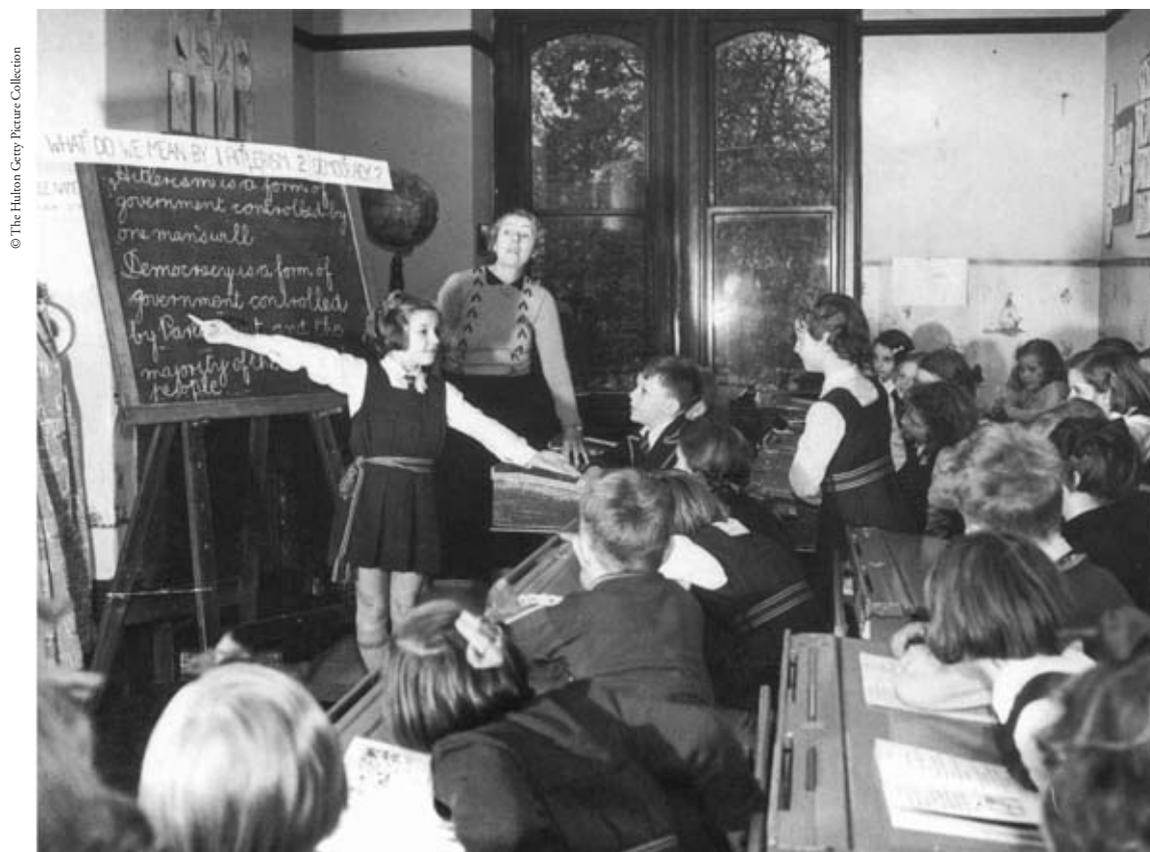
prohibido. El Inspector anotaba en su libreta, nos dejaba completando tareas después de clases en ese castigo que llamaban *detention*. Nos mandaba comunicaciones que nuestros padres firmaban sin prestar atención, ocupados como estaban con la sobrevivencia. Nada más que eso. No nos caía una palabra, ni una sola mano dura del Rector sobre las nalgas. Ni caso hacía de la desaparición de los gatos.

Sabía también que éramos nosotras quienes, sentadas en la esquina de las mesas a la hora del almuerzo, emprendíamos las guerras de comida. Su antejo de director seguía las minúsculas bolas de miga que lanzábamos primero discretamente sobre alguna cabeza de ellos; seguía, su ojo de radar miope, nuestro posterior lanzamiento de marraquetas de un lado a otro del comedor. Luego ya no importaba quién lanzaba qué, porque eran paneras completas las que iban y venían, chuletas humeantes o patas de pollo, las papas fritas de las bandejas convertidas en palanca. Ellos caían de inmediato en la provocación: contestaban la ofensiva lanzándonos de vuelta, como granadas, la fruta del postre que alguna vez aterrizó sobre el plato del Rector. Salpicándolo de arroz. O de sopa tibia. Salpicándolo de nuestras carcajadas estruendosas. Todos juntos empezamos a zapatear el suelo hasta que el comedor entero empezó a temblar, envalentonados ellos, nosotras excitadas y expectantes. El Rector seguía masticando, el cuerpo rígido, inclinado hacia adelante como una efigie, mientras el Inspector, a grito pelado y bajo amenazas, nos hacía interrumpir el taconeo y decretaba el fin del almuerzo. Estaríamos

de pie durante horas hasta que alguno de ellos, nosotras aguantábamos a pie firme, empezara a desmayarse.

El Rector los llamó a ellos a dar explicaciones. A ellos los sancionó con una ronda extra de varillas. Aplicábamos nuestras orejas al muro trasero pero no oíamos más que gimoteos lejanos. Nos preguntábamos si durante esas sesiones ellos se atreverían a maldecirnos. Si nos jurarían venganza. Si entre las lágrimas que seguro saltaban de sus ojos en cada uno de los varillazos nos delatarían como queríamos. Cruzábamos los dedos. Nos comíamos las uñas: las propias y las ajenas. ¿Llegarían a delatarnos, podrían sugerirles nuestras manos en los cuerpos hinchados que se encontraban flotando apenas camuflados en las aguas oscuras de la acequia, nuestras manos en esos cogotes anónimos, nuestros dedos elásticos? Surgieron otras dudas. Sabrían distinguir, ellos, gatos domésticos de guarenes salvajes. Las formas divergentes de sus esqueletos. El largo de sus pelos. E incluso. ¿Habría visto el Rector alguna vez, allá lejos, en ese lugar del que decía provenir, un roedor del tamaño de un gato?

Tendríamos que engañarlo antes de que terminara el año. Sobre eso discutimos, largamente, tendidas al sol sobre la cancha, pelando hebras del grueso pasto, mordisqueando sus tallos blancos. Y sobre la posibilidad de arrebatarle los antejos al Rector *en medio de la confusión*. Sobre la posibilidad de un viento veraniego que le levantara la cuidadosa chasquilla que él peinaba con gomina hacia adelante para cubrirse la pelada. Y en eso estábamos, concibiendo la maniobra, cuando empezó a sonar el largo timbre del segundo recreo. Quedaban



© The Fulton Getty Picture Collection

apenas unos minutos para escribir el mensaje que una de nosotras, a los pies de la escalera, le entregaría a uno de ellos. Nuestra invitación en una hoja cuadriculada decía, escuetamente. Reunión inaplazable. Lugar: baño de ustedes. Hora: Recreo de la tarde. Nota: Se les ruega echar una buena meada antes.

En los váteres cerrados esperamos a que entraran ellos. Escuchamos sus voces, sus burlas sobre la reunión a la que venían, estas minas están locas, dijo uno, y ricas, dijo otro, pero locas, insistió un tercero, acuérdate de los gatos. A mí me ponen los pelos de gallina, dijo un cuarto y los demás empezaron a burlarse con un careo. Que lanzaban todos juntos sus estridentes chorros contra las baldosas nos fue de gran ayuda. No nos escucharon salir de los escusados. Los sorprendimos desprotegidos por la espalda, con los pantalones abajo. Apenas tuvieron tiempo para ocultarse en el reverso de sí mismos. Qué onda, dijeron a coro, confundidos, sin alcanzar a oponerse y sin animarse a gritar: eso no era cosa de *gentlemen*. Que nos entregaran los pantalones, en prenda, por un rato nada más. Eso era todo lo que queríamos, eso les dijimos, pidiéndoles también que se quedaran callados. Nos sacamos el *jumper* por la cabeza y nos quedamos en camisa, en corbata larga, en calzones. Se miraron compungidos con nuestros uniformes en la mano. Apúrense pues, les ordenamos. Y les prometimos recompensarlos. Algunas de nosotras incluso sonreímos, para asegurarles que íbamos en serio aunque para nosotras ellos eran apenas unos cabros tontos.

Nos enfundamos en sus holgados pantalones mientras ellos se embutían en nuestros ceñidos uniformes dejando el cierre abierto. Las costuras de hilo blanco parecían a punto de reventar. Los observamos un instante, estremecidas ante la belleza de sus piernas torneadas y peludas, sorprendidas ante la ausencia de caderas y de cintura. Los calcetines apenas les cubrían los tobillos y nuestros *jumpers* casi no alcanzaban a cubrir la tela floja de calzoncillos que asomaba por debajo, como enagua. Reprimimos el impulso de soltar un maullido pero nos contuvimos. Síganlos, ordenamos, todas al mismo tiempo, porque nos ganaba la impaciencia. Y nos siguieron, siempre unos pasos detrás de nosotras. Con extremo cuidado se tendieron sobre el césped y, unos metros más adelante, nos dejamos caer nosotras sobre la cancha, con las piernas separadas, y nos metimos el pelo por detrás del cuello de la camisa. Y ahí nos quedamos a la espera, pelando, chupando, mordisqueando los sabrosos tallos blancos de la bermuda que cubría la cancha.

Pronto nos echaron de menos en el *present miss* de la lista y las sillas vacías de la última fila. Alguien le avisó a la Inspectora, que aterrada se lo hizo saber al Inspector, quien, cauteloso y diligente, informó de inmediato a su superior. Apareció una mancha difusa a lo lejos;



© The Hubert Gerry Picture Collection

una mancha que fue adquiriendo piernas rápidas, brazos discernibles, contornos de Rector sin Inspector detrás: un cuerpo que lanzaba órdenes primero y, segundo, insultos. El Rector maldijo en inglés porque trastabilló al cruzar la acequia y sus anteojos cayeron prodigiosamente al agua. Lo vimos quitarse la chaqueta, arremangarse la camisa, meter el brazo hasta el fondo y sacar un hueso lleno de barro, lleno de asco. Lo vimos escupir en el agua y gritar, amenazar con tomar medidas. Medidas, sí. Castigos extremos. Azotes masivos que culminarían con desmayos. Precedido por su retahíla de amenazas, el Rector aceleraba tambaleándose un poco en nuestra dirección. Aligeró el paso cuando se acercó a ellos sin detener la mirada cegatona en sus pálidas piernas velludas. Paró en seco junto a nosotras, en cambio, y nos miró atenta pero también ciegamente bajo el sol. Que nos pusiéramos de pie, dijo. Que regresáramos a clases de inmediato o nos atuviéramos a las consecuencias. Muévanse, ordenó, arrastrando la lengua con ira detrás de los dientes, soltándose la corbata, enrollándola en la mano, haciéndola sacar chispas contra su propio pantalón. Nosotras esperábamos a que acabara por cegar el sudor y la ira, esperábamos sin movernos, sin darle la cara. Porque nosotras no éramos como ellos, aunque en ese instante, a él, se lo pareciéramos. Nosotras nunca íbamos a arrepentirnos. No íbamos a gemir de dolor ni íbamos a llorar. No le daríamos las gracias después. Era el Rector quien tendría que agradecerarnos a nosotras. Y nos soltamos el cinturón; dándole la espalda dejamos caer nuestros pantalones y nos agachamos ante él para recibir el golpe furioso de su corbata. Mientras nos golpeaba pedíamos más.